

Laura Scarano

“Los lugares de la voz.

Protocolos de la enunciación literaria”

Mar del Plata, Melusina, 162 págs., 2000.

Elisa Calabrese

Universidad Nacional de Mar del Plata

Hacer una reseña es tarea difícil cuando, como en este caso, se debe comprimir en poco espacio una textualidad densa en significaciones situadas, por añadidura, en un campo nocional abstracto y complejo como lo es el de ese objeto múltiple al que por consenso coloquial y hábito cultural denominamos “teoría literaria”. Dejando de lado, entonces, el fácil recurso a la glosa o al resumen argumental, podría comenzar por dos indicadores de lectura: el título y el subtítulo, para describir una primera tensión que potencia la escritura crítica de la autora (aludiendo a la elección de una metáfora –aunque de uso en ensayistas muy importantes para la teoría literaria contemporánea; pienso ahora, en Blanchot o Barthes– como es “los lugares de la voz”), en contraste con la severidad específica del subtítulo, resumible, tal vez, en el término “protocolos”. Con tensión no quiero decir contradicción, lo cual implicaría un desarrollo conceptual inorgánico, desviado de sus propios presupuestos o perdido en derivaciones insustanciales. Por el contrario, la trayectoria nocional del texto está sujeta a implacable rigor. Me refiero a una convivencia de registros de escritura cuyo movimiento oscila entre la atracción a una prosa abstractamente formulada con definiciones claras que evita, en lo posible, las marcas de la subjetividad o la opinión sin fundamento y, por otra parte, la tendencia y capacidad ensayística que, a la vez que rodear, construir y fundamentar su objeto de reflexión, revela el gusto por el lenguaje y no elude definir sus posiciones personales. El efecto de lectura promovido por estas dominantes en diálogo, aunque algunas zonas textuales admiten el predominio de una u otra, hace más atractivo un libro dedicado a temas de índole teórica que no se infieren de conclusiones esbozadas a partir de lecturas textuales, como es frecuente, sino

que se abocan de lleno a las instancias más debatidas por la teoría literaria de las últimas décadas.

Puedo mostrar lo dicho con los títulos que encabezan algunos de los capítulos; así, por ejemplo, el primero, “Dilemas del sujeto”, retoma, enriqueciéndola, una cuestión importante, ya desplegada por la autora en un libro anterior (pionero en cuanto a la pluralidad de perspectivas con que aborda un espinoso problema), como es la pregunta de quién habla en la escritura y cuya reconocible procedencia desde los planteos del pos-estructuralismo dio lugar a ciertas curiosas desviaciones fraguadas en el folklore académico. Por su parte, el capítulo 4, “La alucinación de la referencia”, se lanza con audacia al océano riesgoso de lo que podría llamarse “teorías de la referencia”. Es notable la síntesis con que se diseña un objeto multifacético, donde confluyen la filosofía analítica, las semióticas –“duras” o “blandas”–, la historia cultural y la lingüística. Síntesis, pero no mezcla. En efecto, la síntesis permite extraer de las teorías puestas en escena sus elementos nucleares y situarlos en el contexto de la propia reflexión, tanto en diálogo como en pugna; pero, no hay mezcla –señalo– pues existe siempre la clara delimitación de los marcos epistémicos que nos advierte sobre el conocimiento de las procedencias cuyas huellas se perciben en el pensamiento al cual se nos remite. Es natural y esperable que todo ello nos conduzca al capítulo 5, “La provocación realista”, consecuencia lógica del problema precedentemente tratado. Una de las nociones sobre las que se insiste explícitamente ataca uno de los más arraigados prejuicios que aún aparecen en el imaginario crítico, desmontando la creencia ingenua respecto del realismo: pensarlo como representación de la “realidad” tal como se la ve o como se piensa que es, y no como una poética, una ideología estética, un programa de escritura, en suma, una “provocación”. Podría argumentarse que tal creencia es inhallable en un crítico formado; en efecto, teóricamente, ya nadie la afirmaría, sin embargo, aún podemos leer ensayos o estudios críticos donde actúa como presupuesto.

Me abstendré de comentar cada uno de los apartados donde el libro elige tratar cuestiones tan densas como las citadas; volviendo por un momento a la tensión que mencioné antes, no puedo evitar la tentación de una observación personal sobre su génesis, motivada por mi conocimiento de la biografía intelectual de la autora. Creo advertir allí las huellas de dos instancias de formación: si por una lado, la polaridad hacia el rigor, la fundamentación casi obsesiva, la proliferación de citas y referencias cuidadosamente seleccionadas, a la vez que abiertamente desplegadas para que el lector pueda cotejarlas, nos hablan de un prolongado tránsito por la semiótica que ha generado esos hábitos intelectuales, por otro, la riqueza expresiva, el movimiento ágil y a veces apasionado de la escritura, revelarán la costumbre y la sensibilidad propias del lector crítico de poesía, actividad y práctica de escritura que se privilegian en la producción crítica de Scarano.

No queda sino recomendar enfáticamente este libro al estudioso de nuestra disciplina, que requiera información y un mapa de lectura para ubicarse en temas imprescindibles de la actualidad teórica, enriquecidos por una reflexión personal sumamente productiva, en tanto no clausura posibles interrogantes, al tiempo que se sustenta en abundantes y confiables referencias bibliográficas.